

Información, miedo y propaganda: el peligro comunista en España, 1918-1936

I. Introducción

La experiencia franquista puede explicar por sí sola la tradicional mala prensa del anticomunismo en España, pero es un hecho que hasta los años 90 el fenómeno tampoco ha tenido una buena historiografía. En el mejor de los casos, se consideraba que la ideología contrarrevolucionaria de las derechas españolas no era más que una “pseudo-doctrina”, un simple pretexto para disfrazar tendencias congénitas o para legitimar proyectos autoritarios. En apoyo de esta tesis se utilizaba con frecuencia el argumento de que el Partido Comunista Español disponía de una base social muy escasa hasta 1936: el supuesto peligro revolucionario no existía, o a lo sumo no era más que un “mito” creado por los mismos que lo denunciaban. Hasta finales de los 80, muchos historiadores habrían suscrito seguramente que “el anticomunismo, el antimarxismo de la derecha española era, en unos casos, una respuesta irracional, una actitud instintiva de defensa ante el permanente *fantasma* de la revolución social; en otros, una actitud perfectamente consciente que buscaba así ampliar sus apoyos sociales.” Otros autores optaban, sencillamente, por ignorar el tema, considerándolo un invento europeo que no afectaba la “esencial originalidad” de la derecha española.¹

¹ La expresión “pseudo-doctrina” en referencia a las teorías de la contrarrevolución, en MAYER, A. J: *Dynamics of Counterrevolution in Europe, 1870-1956: An Analytic Framework*, Nueva York, Harper & Row, 1971, pp. 62-63. La de “mito”, en SOUTHWORTH, H.R: *El mito de la cruzada de Franco*. Barcelona, Plaza y Janés, 1986. Ejemplos del argumento de la escasa base social del PCE durante la Segunda República, CRUZ, Rafael: *El Partido Comunista de España en la Segunda República*, Madrid, Alianza, 1987, pp. 290-293; y ELORZA, Antonio: “Gli aspetti del mito: l’immagine dell’URSS in Spagna”, en Marcello Flores y Francesca Gori (eds): *Il Mito dell’URSS. La cultura occidentale e l’Unione Sovietica*, Milán, Franco Angeli, 1990, pp. 87-88. La cita sobre el anticomunismo español, en REIG TAPIA, A: “La justificación ideológica del alzamiento de 1936”, en José Luis García Delgado (ed): *La II República española. Bienio rectificador y Frente Popular, 1934-1936*, Madrid, Siglo XXI, 1988, pp. 211-237, cita p. 227. La “esencial originalidad” de la derecha española, en PRESTON, P: *Las derechas españolas en el siglo XX*, Barcelona, Sistema, 1986, p. 44.

En el abandono progresivo de este discurso desde principios de los años 90 han influido sin duda factores políticos: la desintegración del bloque soviético representó una suerte de espaldarazo póstumo para los anticomunistas del periodo de entreguerras, legitimando un nuevo ciclo de revelaciones sobre los “crímenes del comunismo”. Pero, en el caso español al menos, la aparición de nuevos modelos explicativos ha tenido también una enorme importancia. Los historiadores de la acción colectiva, en concreto, han tendido a prestar más atención a los factores psicológicos y culturales, subrayando que el miedo es un componente real de algunos comportamientos políticos. En este sentido, el pánico no sería solamente un reflejo instintivo o una “emoción básica” ante una amenaza inmediata, sino que podría tener también un origen “cultural” en informaciones sobre sucesos lejanos, como la Revolución rusa. Para algunos de estos autores, el miedo poseería incluso una dimensión “racional”, en la medida en que permite reflexionar sobre un peligro real y diseñar estrategias para evitarlo. Desde esta perspectiva, las reacciones de hostilidad que provocó el comunismo en España a partir de 1918 aparecen como un fenómeno más complejo de lo que se pensaba, y de un interés historiográfico indudable.²

Entre estas dos maneras de entender el anticomunismo, este trabajo opta por una vía media. Parece obvio que la experiencia soviética afectó a España de forma bastante indirecta, y que el comunismo propiamente dicho no constituyó una fuerza política significativa hasta mediados de los años 30. A pesar de ello, muchos adversarios del régimen liberal utilizaron desde 1918 el *peligro comunista* como “enemigo político”, en el sentido schmittiano del adversario al que se atribuyen las peores cualidades y cuya existencia justifica por sí sola el recurso a la fuerza. Pero es también evidente que el *peligro comunista* sólo podía ser un motivo de propaganda convincente si se cumplían dos condiciones: la primera, que previamente la palabra “comunista” tuviera algún sentido para la opinión a la que iba dirigida; la segunda, que pudiera referirse a alguna realidad cercana

² El miedo como “emoción básica”, en NOLTE, Ernst: *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, Méjico, FCE, 1994, pp. 109-110. El origen “cultural” del miedo, en PÉREZ LEDESMA, Manuel: “El miedo de los acomodados y la moral de los obreros”, en Pilar Folguera (comp.): *Otras visiones de España*, Madrid, Pablo Iglesias, 1990, pp. 27-28. La “racionalidad” del miedo, en REY REGUILLO, F: “El empresario, el sindicalista y el miedo”, en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1996, pp. 257 ss. pp. 27-28.

similar. En la España de los años 20 y 30, el comunismo propiamente dicho no tenía tanta fuerza como en Alemania o Francia, pero sí existía una información relativamente abundante sobre la experiencia soviética y el movimiento comunista internacional, y en particular sobre sus aspectos más siniestros. Lo que trataremos de explorar en las páginas siguientes es el modo en que la noción de *terror rojo* derivada de la Revolución bolchevique alteró la mentalidad y el discurso de un sector del conservadurismo español, reproduciendo en él actitudes características de la derecha europea de la época. En este sentido, el fenómeno anticomunista sólo puede entenderse como una combinación de las esferas cultural y política; un proceso dialéctico en el que el miedo y la propaganda se nutren y se refuerzan mutuamente.³

II.) Informaciones alarmantes y miedo al comunismo en la España de 1918 a 1936

1.) Las fuentes de información sobre la Unión Soviética y el movimiento comunista en España, 1918-1936

Dada la ausencia de un movimiento comunista fuerte en la España de los años 20 y 30 y el relativo subdesarrollo de sus medios de comunicación, la mayor parte de las informaciones sobre el tema de que disponía la opinión conservadora durante el periodo que nos ocupa provenían del extranjero. En un primer momento, entre 1918 y 1920, las noticias sobre Rusia procedieron sobre todo de medios vinculados a la Entente, que por razones tanto estratégicas como ideológicas se habían opuesto desde el principio al régimen leninista. Tras la consolidación del Estado soviético y el fin del ciclo revolucionario de

³ La noción de “enemigo político”, en SCHMITT, C: *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza, 1987, pp. 56-63. Sobre la “construcción del enemigo”, ver también GARCÍA PELAYO, M: “Mito y actitud mítica en el campo político”, en *Obras completas*, Madrid, CEC, 1991, vol. III, pp. 2723-2748; y RIEBER, R. W: “Substance and shadow. Images of the enemy”, en Robert W. Rieber (ed): *The Psychology of War and Peace. The Image of the Enemy*, Londres, Plenum Press, 1999, esp. pp. 6-21. La abundancia de información sobre la Unión Soviética en la España de los años 20 y 30 la ha señalado CRUZ, R: “¡Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes de la Rusia soviética y la acción colectiva en España”, en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma, ob. cit, p. 279.

posguerra, la prensa y los intelectuales de la Dictadura se alimentaron fundamentalmente de las denuncias de los exiliados rusos contra el *terror rojo* y de las campañas intermitentes de la derecha franco-británica contra el *peligro comunista*. Durante la Segunda República, la derecha alfonsina siguió dependiendo en buena medida de sus fuentes francesas, aunque a partir de 1933-1934 su atención se desplazó cada vez más hacia Alemania. Las aportaciones de observadores españoles fueron comparativamente escasas y pobres, y con pocas excepciones su influencia se redujo a confirmar los estereotipos ya existentes.

En relación con el valor intrínseco de las fuentes, se puede distinguir una primera categoría formada por los testimonios y crónicas de los disidentes y exiliados rusos. Antes de reconciliarse con el régimen soviético, el novelista y dramaturgo Maxim Gorki había escrito varios artículos condenando la violencia bolchevique: uno de ellos fue reproducido en *ABC* en marzo de 1918, antes de que el conjunto apareciera traducido como *El terror bolchevista*. La figura del ex presidente del Gobierno Provisional Alexander Kerenski, uno de los principales partidarios de la intervención aliada en Rusia, fue conocida en España gracias a su correligionario socialista Nikolai Tasin, corresponsal de *El Sol* y prologuista de su libro *El bolchevismo y su obra*. Años después, a finales de abril de 1933, el mismo Kerenski visitó Madrid para dictar una serie de conferencias sobre la Revolución y el “trágico fracaso” del primer Plan Quinquenal. También en 1933, con bastante retraso, se publicó la edición española de *El bolchevismo en acción*, en la que otro ex presidente ruso, el conde Kokovtsov, contaba en detalle el asesinato de Nicolás II y su familia en agosto de 1918 y la persecución religiosa desencadenada por el régimen bolchevique. Pero ésta no era sino una más de la larga serie de denuncias del *terror rojo* escritas por rusos a que los españoles tuvieron acceso en estos años, entre las que destacan *La Inquisición roja: la Cheka*, del periodista Georgi Popov (s.a., original de 1924); *El terror rojo en Rusia*, del escritor S.P. Melgunov (1927); y los libros de Essad Bey *Stalin* (1932) y *La policía secreta de los Soviets* (1935).⁴

⁴ GORKI: *El terror bolchevista*, Barcelona, B. Bauza, s.f.; y “Amo a Rusia”, *ABC*, 3 de marzo de 1918. KERENSKI: *El bolchevismo y su obra*, Madrid, Biblioteca Nueva, [1921]. Las crónicas de Tasin, en AVILÉS FARRÉ. Las conferencias de Kerenski, en *ABC* de 25 y 28 de abril de 1933; ver también el comentario de Álvaro Alcalá Galiano: “Un pueblo esclavizado”, *ABC* 7 de mayo de 1933. KOKOVITZOFF, W.N.: *El bolchevismo en acción. La ruina moral y económica en el país de los Soviets*, Madrid, Ediciones Fax, [1933]. Maeztu le dedica un breve comentario en “La amada Rusia”, *ABC*, 27 de abril de 1933. POPOFF, Georg: *La*

Una segunda categoría de informaciones antibolcheviques englobaría las noticias y propaganda elaboradas por los gobiernos occidentales, principalmente Gran Bretaña y Francia, o por la prensa nacionalista y conservadora de ambos países. La tesis aliada del “complot germano-bolcheviki” gozó de un considerable predicamento en los círculos españoles simpatizantes de la Entente en 1918 y 1919, contribuyendo a indisponer contra el comunismo a destacados intelectuales aliadófilos como Álvaro Alcalá Galiano y Antonio Royo Villanova. El gobierno británico, principal instigador de la intervención aliada en la Guerra Civil rusa y cuyas relaciones con la Unión Soviética siguieron siendo muy tensas hasta la II Guerra Mundial, siguió propagando los horrores del comunismo a lo largo de la década siguiente: en 1924 pudo estar implicado en el fraude de la *carta de Zinoviev*; y en 1926 editó un *Libro blanco* para dar a conocer los abusos y la nefasta gestión económica del régimen soviético. Aunque no existen pruebas fehacientes de la influencia de este anticomunismo británico sobre Ramiro de Maeztu, su biógrafo Fernández Urbina sostiene que hasta 1928 “su pensamiento contrarrevolucionario se había alimentado casi exclusivamente de fuentes anglosajonas.”⁵

Sin llegar a los extremos británicos, la Francia conservadora mantuvo también una actitud sumamente hostil hacia el comunismo ruso desde que las derechas utilizaran la

Inquisición roja. La cheka. El Estado dentro del Estado, Madrid, Aguilar, s.a. [original Berlín, 1924]. MELGUNOV, S.P.: *El terror rojo (1918-1924)*, Madrid, 1927. Ver comentario de Maeztu en “¡Pobre Trotsky!”, *ABC*, 27 de abril de 1934. ESSAD BEY (pseudónimo de Leo Noussimbaum): *Stalin*, Madrid, Ed. España, 1932; y *La policía secreta de los Soviets (Historia de la G.P.U.)*, Madrid, Espasa Calpe, 1935. Esta última obra fue comentada por Alcalá Galiano en “La Inquisición roja”, *ABC*, 12 de octubre de 1934. Una antología útil de las denuncias sobre el *terror rojo* en los años 20, BAYNAC, J. (ed): *El terror bajo Lenin*, Barcelona, Acracia, 1978.

⁵ Se pueden encontrar muchos datos sobre el anticomunismo de la Entente durante la Conferencia de París en MAYER, A: *Politics and Diplomacy of Peace-Making*, 1967. Para el anticomunismo británico en los años 20, ver RUOTSILA, M: *British and American anticommunism before the Cold War*, Londres, Frank Cassel, 2001; para el francés, BERSTEIN, S., y BECKER, J.J: *Histoire de l'anticommunisme en France, 1919-1940*, 1986. Un ejemplo de propaganda en español sobre este tema: *La conspiración germano-bolsheviki*, Washington, Junta Oficial de Información, [1918]. ALCALÁ GALIANO: *El fin de la tragedia*, Madrid, 1919, pp. 69-75. ROYO VILLANOVA: *Sindicalismo y bolchevismo*, Madrid, Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, 1919.. La carta Zinoviev, en RUOTSILA, ob. cit, y en SOUTHWORTH, H. R: *El lavado de*

imagen del “hombre con el cuchillo entre los dientes” en la campaña electoral de 1919. Ese mismo año, el periodista Serge de Chessin publicó un libro sobre *La locura roja* que tuvo un enorme éxito en Francia y España: Rafael Gasset, director de *El Imparcial*, escribió en 1920 que la lectura de *La locura roja* le había convencido de que “el terror de la revolución francesa es tímido barrunto del terror maximalista.” Pero el anticomunista francés más influyente en nuestro país durante los años 20 fue seguramente François Coty, que desde su diario *L'Ami du Peuple* animó en 1925 y 1927 dos grandes campañas a favor de un frente único de las democracias contra los Soviets. Las ideas de Coty sobre el peligro masónico-comunista fueron divulgadas por *La Nación*, que se sumó a la campaña de 1927 con varios artículos de Maeztu; y por *ABC*, que publicó tres artículos del francés en vísperas de las elecciones de abril de 1931. Coty era también uno de los autores de cabecera de José María Albiñana, presidente del parafascista Partido Nacionalista Español entre 1930 y 1937 y activo propagandista antirrepublicano.⁶

Durante la primera mitad de los años 30, los intelectuales anticomunistas y la prensa conservadora francesa siguieron constituyendo un punto de referencia básico para la derecha española en este terreno. En este periodo se tradujeron numerosas obras en francés sobre el *terror rojo* en Rusia y Hungría, como *¡Así es Moscú!*, del belga Joseph Douillet (c. 1931); *La dictadura del proletariado*, de Armand Lebrun (1933); y *Lo que cuestan 133 días de comunismo*, de Maurice Laporte (1934). Para los exiliados del primer bienio republicano que residieron en París, como Calvo Sotelo, periódicos como *Le Temps* representaron también fuentes inagotables de documentación sobre el régimen estalinista, y *ABC* citó en más de una ocasión a este diario y al semanario *Je suis Partout* a propósito de

cerebro de Francisco Franco, Barcelona, Crítica, 2000, p. 267. FERNÁNDEZ URBINA, J.M: *La aventura intelectual de Ramiro de Maeztu*, Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1990, p. 67.

⁶ Ver BECKER, J.J. y BERSTEIN, S, ob. cit. CHESSIN: *La locura roja*, 1919. GASSET, Rafael: *La humanidad insumisa. La Revolución rusa. El problema social en España*, Madrid, 1920, p. 72. COTY: *Contre le communisme*, París, 1927. MAEZTU: “El frente único”, en *La Nación*, 17 de marzo de 1927, reproducido en *Con el Directorio Militar*, Madrid, Editora Nacional, p. 163. Los artículos de COTY en *ABC* de 8, 11 y 12 de marzo de 1931; ver también editorial: “El peligro comunista en España”, *ABC* 14 de marzo de 1931. GIL PECHARROMÁN, J: “*Sobre España inmortal, sólo Dios*”. *José María Albiñana y el partido Nacionalista Español (1930-1937)*, Madrid, UNED, 2000, p. 71. ALBIÑANA, J. M: *Los cuervos sobre la tumba*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1930; y *España bajo la dictadura republicana*, Madrid, 1933.

las actividades de la Comintern. La evolución de las izquierdas hacia la unidad en Francia y España acentuó el sentimiento de las derechas de ambos países de enfrentarse a un peligro común: un *best-seller* francés de 1935 citaba la historia del cura asturiano colgado de un gancho por los mineros bajo el letrero: “Se vende carne de cerdo”, uno de los numerosos relatos de atrocidades publicados por la prensa conservadora española a propósito de la Revolución de octubre de 1934.⁷

En comparación con Francia, la Italia del *biennio rosso* y el fascismo no parece haber aportado gran cosa al anticomunismo español, con la posible excepción de los libros del periodista Virginio Gayda sobre la Revolución rusa. Hasta la llegada al poder de Hitler y la creación de la Anti-Komintern en 1933, la única organización anticomunista con pretensiones paneuropeas fue la *Entente Internationale contre la IIIe Internationale*, un organismo con sede en Ginebra que desde abril de 1925 contaba con una sección española llamada Centro Español Antibolchevista. Como era lógico en una entidad nacida del movimiento de las uniones cívicas, el CEA estuvo dirigido en su primera etapa por un miembro del Somatén catalán, el periodista Luis de Andrés Morera, autor de varios folletos sobre distintos aspectos del comunismo y del libro *La antorcha rusa* (1929). La revista y las publicaciones del Centro, que acabó convertido asumiendo un carácter semi-oficial a finales de los años 20, contaron también con cierta publicidad en la prensa de la Dictadura: el propio Maeztu se hizo eco en *La Nación* a principios de mayo de 1927 de un informe de Luis de Andrés sobre “Los Soviets en España”. Durante los años 30, no obstante, el CEA desapareció sin ser reemplazado por ningún organismo similar, y la propia *Entente* había perdido todo contacto con los anticomunistas españoles.⁸

⁷ DOUILLET, J: *¡... Así es Moscú! Nueve años en el país de los Soviets*, Madrid, Razón y Fé, s.a. (original, 1928); LEBRUN, A: *La dictadura del proletariado*, Barcelona, 1933; LAPORTE, M: *Lo que cuestan 133 días de comunismo*, prólogo del Vizconde de la Armería, Madrid, Gráfica Universal, 1934. Para la referencia a Calvo Sotelo, ver *infra*. Las citas de ABC a la prensa francesa, en “La amenaza comunista”, 2 de julio de 1931 o MAEZTU: “El paraíso ruso”, 10 de abril de 1936. La historia de la carne de cerdo, en JACOBY, J: *La guerre rouge est déclarée*, París, Les Éditions de France, 1935, p. 287. La de las relaciones entre las derechas españolas y francesas durante la Segunda República está por hacer, aunque Hélène Dewaele prepara una tesis doctoral sobre este tema en la EHESS de París.

⁸ GAYDA, V: *La convulsión rusa*, Madrid, 1920; y *La revolución y el bolchevismo*, Madrid, 1925. Para la *Entente Internationale Anticomuniste* y el Centro Español Antibolchevista, ver GONZÁLEZ CALLEJA,

La Alemania nazi hubiera podido tal vez convertirse en la “Cuarta Internacional” antibolchevique deseada por intelectuales como Maeztu, pero sus esfuerzos en este sentido fueron demasiado superficiales como para ejercer una influencia significativa en España antes de 1936. Aunque tampoco fueron inexistentes: en 1933 la Anti-Komintern se tomó la molestia de editar en español su libro *Rebelión armada*, donde justificaba el decreto de poderes extraordinarios concedido a Hitler en febrero de aquel año como el único medio de atajar una inminente “revuelta comunista”. Los dirigentes nazis volvieron a invocar la tesis del complot tras el incendio del Reichstag a principios de marzo, y su versión fue reproducida fielmente por gran parte de la prensa conservadora española. Tras dos años de relativa calma, el pacto franco-soviético del verano de 1935 dio origen a una nueva campaña anticomunista, que tras el triunfo del Frente Popular en España en febrero del 36 fue ampliamente reflejada en diarios como *ABC*. Las crónicas de Eugenio Montes, corresponsal en Berlín durante estos meses, son el mejor ejemplo de cómo el nazismo contribuyó a mantener el tema de la amenaza comunista en la agenda española hasta el estallido de la Guerra Civil.⁹

E., y REY REGUILLO, F: *La defensa armada contra la revolución. Una historia de las guardias cívicas en la España del siglo XX*, Madrid, CSIC, 1995, pp. 42 ss. y 221 ss; la filosofía del primer director del CEA, en ANDRÉS Y MORERA, L: *La antorcha rusa*, Madrid, Huelves y Compañía, 1929, p. 33. El artículo de Maeztu, en *La Nación*, 2 de mayo de 1927, citado en *Con el Directorio Militar*, Madrid, Editora Nacional, 1957. Según *ABC* de 12 de enero de 1933, el barón de la Mora estaba tratando de crear una entidad similar a la Entente cuando fue encarcelado en junio de 1932. El juicio sobre el agotamiento de la Entente en los años 30 es de Maeztu: “La Cuarta Internacional”, *ABC*, 13 de mayo de 1936.

⁹ La propaganda nazi en España no parece haber sido muy importante fuera de las subvenciones al diario *Informaciones*, según SCHULZE, I: “La propaganda alemana en la segunda República española”, en *Historia y Comunicación Social*, 1999, 4, pp. 183-197. Muy interesante, EHRT, A: *Rebelión armada. Revelaciones sobre la intentona revolucionaria comunista en vísperas de la Revolución Nacional*, Berlín-Leipzig, Eckart-Verlag, 1933. El tratamiento del incendio del Reichstag en la prensa conservadora española, en SEMOLINOS, M: *Hitler y la prensa de la II República española*, Madrid, CIS, 1985, p. 190. Para la campaña nazi contra el pacto franco-soviético y el “caballo de Troya” del Frente Popular ver el mensaje de Año Nuevo de Hitler en 1936 (*ABC*, 2 de enero de 1936); y su discurso ante el Reichstag al anunciar la remilitarización de Renania (*ABC*, 8 de marzo de 1936). La función de Eugenio Montes como portavoz de la propaganda nazi se refleja en crónicas como: “Hitler quiere paz en Europa y cruzada contra las hordas asiáticas”, *ABC*, 19 de marzo de 1936; “La guerra civil, fomentada por la Tercera Internacional”, *ABC*, 10 de abril de 1936; o “Los

La tercera fuente de noticias alarmantes sobre el movimiento comunista en la España de entreguerras fueron los escritos de los pocos expertos en el tema que había en el país. La primacía cronológica corresponde sin duda alguna a la redactora de *ABC* Sofía Casanova: destinada en Petrogrado en 1917, fue el único testigo español del golpe de octubre, la disolución de la Asamblea Constituyente y el desencadenamiento del *terror* en febrero de 1918. Sus crónicas de este último año reflejan a la perfección su total cambio de opinión sobre el movimiento bolchevique a lo largo de estos meses: simpatía inicial, alarma creciente ante “los crímenes de la Revolución” durante la primavera, repulsa absoluta desde agosto. En septiembre escapó de Rusia, convertida ya en un símbolo del antibolchevismo español: ese mismo mes fue condecorada por Alfonso XIII, y en la primavera siguiente visitó Madrid para hablar de sus experiencias ante personalidades como los generales Weyler y Primo de Rivera. Desde entonces Casanova ocupó la corresponsalía de *ABC* en Varsovia y siguió enviando despachos sobre la política soviética hasta 1936, aunque lo que escribió durante la II República –incluida su novela *Las catacumbas de la Rusia roja*- tiene hoy un valor más testimonial que propiamente informativo.¹⁰

Durante el periodo de la Nueva Política Económica, muchos españoles viajaron a la URSS y escribieron sobre su experiencia, pero estos relatos tendían a presentar una imagen más bien halagüeña del país y su impacto en la opinión conservadora fue seguramente muy limitado. Hubo excepciones, como el libro de Fernando de los Ríos *Mi viaje a la Rusia Sovietista* (1921), que confirmó los prejuicios de intelectuales como Maeztu y José Ignacio Escobar sobre la realidad soviética. La situación cambió con el Primer Plan Quinquenal, cuyos efectos fueron bien divulgados en España por dos conservadores de prestigio: el vizconde de Eza y Joaquín Calvo Sotelo. Sus respectivos enfoques del problema eran con

dos objetivos de Moscú: implantar el comunismo en España y llevar a Francia a la guerra”, *ABC*, 17 de abril de 1936.

¹⁰ CASANOVA: *La revolución bolchevista*, 1920, 217-218. Para seguir la trayectoria de Casanova se puede ver también el perfil que le dedica María Victoria López-Cordón en la reedición de *La revolución bolchevista*, Madrid, Castalia, 1990, pp. 31-40. La conferencia de abril de 1919 en *ABC*, 26 de abril de 1919. La posición de Casanova hacia el comunismo durante la II República se refleja en su novela *Las catacumbas de Rusia roja*, Madrid, Espasa, 1933; y en artículos y crónicas como: “De norte a Sur. El tema candente”, *ABC*, 1 de abril de 1931; “*ABC* en tierras rusas”, *ABC*, 30 de enero de 1932; y “*ABC* en Varsovia. Hay que mirar al fondo”, *ABC*, 17 de febrero de 1936).

todo distintos: el primero, varias veces ministro durante la Restauración, mantuvo siempre la tesis de que el comunismo soviético acabaría derrumbándose por su inviabilidad económica, y que por tanto la postura más sensata ante su expansión era la reforma social. Así, en sus tres libros sobre Rusia, dedicó mucho más espacio a demostrar que las medidas adoptadas por Stalin desde finales de 1927 suponían una vuelta a los procedimientos del capitalismo que a describir los devastadores efectos del programa colectivizador sobre el campesinado soviético. Los artículos sobre la URSS escritos por Calvo Sotelo durante su exilio e inspirados en la prensa anticomunista francesa, en cambio, se centraban sobre todo en las miserables condiciones de vida del pueblo ruso en 1932-1933. Para el ex ministro de Hacienda de la Dictadura, este énfasis en los aspectos desastrosos del comunismo tenía una utilidad política evidente: la “tragedia” económica soviética constituía a su juicio “el más formidable de los argumentos manejables” en la propaganda contra el marxismo español y la reforma agraria.¹¹

El raquíctico movimiento comunista español, por último, no dio lugar a monografías con pretensiones científicas hasta su repunte durante la II República. La obra del inspector de policía Mauricio Carlavilla *El comunismo en España* (1932), seguramente la primera en su género, denota un enfoque del tema propio de los años 20: para el autor, cualquier movimiento político cuyo programa incluyese la aspiración a una revolución social podía llamarse “comunista”. El término se hace aun más confuso en sus libros posteriores, donde se identifica indistintamente con el “judaísmo” y la “masonería” en la línea de la literatura antimasonía de autores como León de Poncins y el padre Tusquets. Así, en la segunda edición de *El comunismo en España*, fechada en octubre de 1935, se afirmaba que con la adopción de la táctica del Frente Popular en el VII Congreso de la Comintern el comunismo

¹¹ Relatos de viajes a Rusia, en AVILES FARRÉ, J: *La fe que vino de Rusia.*, 1999. La tesis del “fracaso económico” comunista en MARICHALAR, L: *La agonía del comunismo*, Madrid, 1932, p. 226; pero también en *El enigma ruso y el ocaso socialista*, Madrid, Ruiz Hermanos, 1930; y *Rusia, un peligro o una lección?*, Madrid, 1931, *passim*. La postura conciliadora y reformista ante el comunismo de Eza, en “Alma y calma”, 6 de marzo de 1936; y “Presencia de ánimo”, *ABC*, 8 de abril de 1936. Los artículos de Calvo Sotelo en la prensa española de 1932-1933, en *La voz de un perseguido*, 2 vols., Madrid, 1933; ver especialmente: “El colectivismo agrario en Rusia” *ABC*, 12 de junio de 1932, pp. 295-300; “España y Rusia”, *ABC* de 31 de diciembre del 32; “El hambre en Rusia”, prensa de provincias, 29 de julio del 33; y “Para la acción antimarxista”, *ABC* 1 de abril de 1933, 306.

había girado “hacia el Oriente masónico”. En la primavera de este último año, por último, se había publicado otra historia del comunismo español escrita por el ex comunista Enrique Matorras: aunque más rigurosa que la de Carlavilla, su fecha de aparición y su casi nula publicidad indican que no llegó a suplantarla como obra de referencia sobre el tema en España durante el periodo estudiado.¹²

2.) Los marcos del miedo: estereotipos y cambio conceptual en la percepción del fenómeno comunista por la opinión conservadora española

En España, como en otros países de su entorno cultural, el flujo de noticias aterradoras sobre la Unión Soviética y el movimiento comunista que inundó los medios y las librerías a partir de 1919 repercutió de manera desigual en los diferentes sectores de la opinión conservadora. Para la derecha tradicional, muy familiarizada con el repertorio de imágenes de la revolución creado por siglos de pensamiento reaccionario, los nuevos datos no hicieron sino reforzar los antiguos estereotipos, limitándose a confirmar posiciones adoptadas de antemano y dejando un poso intelectual bastante escaso. Pero para otros conservadores, más atentos a las informaciones y a la propaganda provenientes del extranjero, el fenómeno comunista representó una experiencia esencialmente novedosa que dejó una marca indeleble en su pensamiento social. Así, muchas de las reflexiones sobre el tema de Maeztu y Alcalá Galiano –a menudo meras diatribas inspiradas en hechos ajenos a su experiencia directa- suponen un ejercicio de resemantización de la vieja idea revolucionaria, que se asocia de manera indisoluble con el nuevo imaginario terrorífico creado por la literatura antibolchevique. Y este “cambio conceptual” no puede reducirse a rasgos tópicos como el “asiatismo” de los bolcheviques, o a una simple diferencia de magnitud entre la violencia comunista y la de otros grupos revolucionarios, por más que las referencias al pasado y las traspolaciones estén casi siempre presentes. El comunismo que en los años 90 del siglo anterior Cánovas había considerado como consecuencia inevitable

¹² Ver KARL, M (pseudónimo de Mauricio o Julián Carlavilla): *El comunismo en España*, Madrid, Imprenta Sáenz, 1932; y Madrid, Ediciones Bergua, 1935, p. 306. Otras obras del mismo autor contra el comunismo y la masonería son: *El enemigo. Marxismo. Anarquismo. Masonería*, Madrid, 1934; y *Asesinos de España*.

del sufragio universal había dejado de existir: como señaló Rafael Gasset en 1920, “antes el comunismo era una idea; ahora es una nación.”¹³

Para la mayoría de la opinión conservadora de la época, sin embargo, el término “comunismo” tenía seguramente el carácter genérico a que aludía Juan Pujol en un artículo de mediados de 1931: “cuando hablamos de comunismo, la mayor parte de los españoles que no padecemos la manía etimológica, aludimos al vandalismo, al bandolerismo, al salvajismo, al anarquismo, a la propensión a la violencia y a la crueldad que suelen mostrar ciertas multitudes criminales. Todo eso ha existido siempre, y no sólo en nuestro país. Y, respecto de eso, el comunismo oficial, enrolado bajo las banderas de Moscú, no constituye sino un Estado Mayor del Ejército de la barbarie, presto a encuadrarlo y, lo que es peor, a estimularlo, a dar a su ferocidad y a su envidia categoría de doctrina social y política, a excusar los impulsos más horrendos de las turbas enardecidas.” Entendida así, la etiqueta “comunista” era poco más que una reformulación del romántico “mito de los bárbaros”, la visión cataclísmica de la Revolución francesa presente en historiadores como Taine. Buena parte de los textos sobre la revolución social escritos por los conservadores españoles del periodo (desde el duque del Infantado hasta Mauricio Carlavilla; desde Juan Pujol hasta Ricardo León y el mismo Alcalá Galiano) evocan la imagen de los bárbaros aprestándose a invadir Roma. Y las constantes referencias de estos autores a la “chusma encanallada”, las

Marxismo. Anarquismo. Masonería, Madrid, Ediciones Bergua, 1935. La referencia al libro de Matorras es, simplemente: *El comunismo en España*, Madrid, 1935.

¹³ Una sugestiva reflexión sobre la influencia de los estereotipos católicos y románticos en la cultura política de las derechas españolas durante los años 30, en UCELAY DA CAL, E: “Ideas preconcebidas y estereotipos en las interpretaciones de la Guerra Civil española: el dorso de la solidaridad”, *Historia Social*, 6, invierno de 1990, pp. 23-43. Para la noción de “cambio conceptual”, entendido en un sentido amplio como cualquier transformación en “las creencias, acciones o prácticas políticas” que componen los conceptos políticos, “sea en sus criterios de aplicación, su ámbito de referencia, o su expresividad actitudinal”, ver: FARR, J: “Understanding conceptual change politically”, en Terence Ball *et al.* (eds): *Political innovation and conceptual change*, Cambridge University Press, 1989, pp. 24-49. Un análisis del campo léxico del concepto “revolución” en el discurso de la derecha española durante la Segunda República, en GARCÍA SANTOS, Juan F: *Léxico y política de la II República*, Universidad de Salamanca, 1980, pp. 550 ss.

“turbas salvajes” y las “hordas vandálicas del comunismo rojo” se enmarcan sin duda en la misma tradición secular.¹⁴

Pero la literatura anticomunista de los años 20 y 30 concebía también el *terror bolchevique* a la manera de Quinet, como un ejercicio de crueldad sistemático similar al de la Convención francesa bajo la dictadura jacobina. La analogía aparecía ya en dos crónicas publicadas por *ABC* en el otoño de 1918; la primera, de Sofía Casanova, decía: “La furia del terror se propaga en las Repúblicas de la roja República soviética, y ya no es posible abarcar en su magnitud el horror de una serie de revoluciones y luchas sin perdón, detestablemente imitadoras de los crímenes del 93 en Francia.” El autor de la segunda, corresponsal del diario en Alemania, hacía un análisis más fino, pero coincidía en la similitud entre ambos *terrores*: “En Rusia, más trascendental que el destronamiento del Zar y su muerte; más que el choque entre la nobleza y el pueblo, es la abolición del capital que se ha llevado a cabo. Eso es lo que hay de nuevo en la revolución rusa. Lo demás es accesorio, y ya lo presencié el mundo en la revolución francesa: los mismos asesinatos, idénticos días de terror, iguales furios.” La primera imagen de Lenin en España fue así la de un Robespierre ruso, y aún en 1928 Alcalá Galiano hablaba de él como “el Robespierre de Oriente”. No era fácil, por otra parte, evitar un paralelismo que los propios bolcheviques habían buscado y que aparecía continuamente en los relatos sobre la *Cheka*, donde ésta se solía identificar con el *Comité de Salut Publique*, con Dzerjinsky en el papel de Fouquier-Tinville. A veces, las torturas de la Inquisición constituían un referente más cercano: el protagonista de *Bajo el yugo de los bárbaros* (1932), una novela fantástica de Ricardo León ambientada en una utópica “República Proletaria”, era interrogado por un “Dzerchinsky español” apodado el “Torquemada rojo”. Pero el *terror bolchevique*, como el jacobino, se distinguía en todo caso por su carácter frío y deliberado. Para José Ignacio Escobar,

¹⁴ Pujol: “Comunismo y comunismo”, *ABC*, 17 de julio de 1931. MICHEL, P: *Un mythe romantique. Les barbares, 1789-1848*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1981. Para el Duque del Infantado, ver: *Por la patria y por el Rey*, 1918, citado por GONZALEZ CUEVAS, P: “Nobleza y contrarrevolución: el Centro de Acción Nobiliaria”, en Javier Tusell et al: *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, UNED, 1993, pp. 259-60. De Pujol, su artículo: “Los bárbaros y el edicto”, *ABC*, 31 de marzo de 1936. De León, LEÓN, R: *Bajo el yugo de los bárbaros*, Madrid, Hernando, 1932. Para Alcalá Galiano, su libro: *Una voz... en el desierto*, Madrid, 1921, p. 193. De Carlvilla, KARL, M: *El comunismo en España*, ed. de 1935, p. 190.

colaborador de *Acción Española*, “Los relatos sobre los días del terror en Rusia estremecen el ánimo más sereno; parecen pesadillas de una mente enferma; se resiste uno a creer que pueda existir tanta crueldad y tanta indignidad en el alma humana. Y adviértase que todo ello no es fruto de la exaltación de un momento revolucionario, no es obra solamente de las turbas encanalladas. Obedece precisamente al pensamiento de los hombres directores del movimiento. El terror para los comunistas no es un incidente de la revolución, una necesidad pasajera. No. Es un sistema político, un método de gobierno, la aplicación de la doctrina de la guerra de clases por la clase victoriosa.”¹⁵

Es también cierto que la visión que muchos anticomunistas españoles de los años 20 y 30 tenían de la Tercera Internacional no difería sustancialmente de la expresada por Juan Bravo Murillo a propósito de la Primera medio siglo antes: “Una asociación vasta, creciente, astuta, invasora, aparece en medio de las naciones (...) En su ronca y concisa voz suena el anuncio de una idea de exterminio: los argumentos de su trágica elocuencia no brillan en sus labios; brillan en su brazo alzado; y son: el hierro homicida, la mecha del cañón y la tea del incendio. Combate la propiedad, no respeta la santidad de la familia, odia la autoridad, desprecia la patria e intento separar al hombre de toda idea de religión...” Ésta era, por ejemplo, la ideología del Somatén catalán de los años 20, que según uno de sus miembros combatía contra “... los enemigos de la familia y de la paz social” y “... el torrente de lava arrolladora que trata de sepultar en sangre y en ruinas la familia, el hogar, la Patria y la Sociedad...” Como su antecesora socialista, la Comintern era además una creación extranjera, un rasgo que Menéndez y Pelayo había sintetizado ya a la perfección

¹⁵ La referencia a Quinet (*La Révolution*, 1865) es de MAYER, A: *The Furies: violence and terror in the French and the Russian Revolutions*, New Jersey, Princeton University Press, 2000, 112-113. Una breve referencia a la imagen del Terror jacobino en la España de finales del siglo XIX, en LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, M.V: “La mentalidad conservadora durante la Restauración”, en José Luis García Delgado (ed): *La España de la Restauración. Política, economía, legislación*. Madrid, Siglo XXI, 1985, pp. 81-82. La crónica de Casanova es de septiembre de 1918; ver CASANOVA, ob. cit., pp. 217-218. La segunda, AIZPEITÚA, L: “El bolchevikismo mundial”, *ABC*, 8 de octubre de 1918. La analogía entre Lenin y Robespierre, en ELORRIETA, Tomás: *El movimiento bolchevista*, Madrid, 1919, pp. 30-31 y ALCALA GALIANO: *Entre dos mundos. Seguido de un ensayo sobre la decadencia de Europa*, Madrid, Espasa Calpe, 1928, pp. 229-230. Las analogías sobre la Cheka en POPOV, ob. cit. LEÓN, ob. cit., pp. 245 ss. La cita de Escobar, en ESCOBAR Y KIRPATRICK, José Ignacio: *¿Socialismo? ¿Comunismo? ¡La dictadura del proletariado!*, Madrid, 1931.

en la imagen de la “Anti-Patria” y que desde la Revolución de octubre de 1934 sería aplicado sistemáticamente por un sector de las derechas al conjunto de la izquierda española. Las teorías conspirativas de Carlavilla en torno al complot masónico-bolchevique, por su parte, bebían claramente de la tradición católica establecida por el abate Barruel a finales del siglo XVIII. La opinión católica de la época tampoco tenía que recurrir al panfleto de Luis de Andrés sobre *El bolchevismo y la religión* para enterarse de que el comunismo era “enemigo abierto de la Santa Iglesia”, pues el propio Pío XI lo había proclamado en 1931 en su encíclica *Quadragesimo anno*.¹⁶

El anticomunismo español del periodo de entreguerras, por tanto, sacaba una buena parte de sus imágenes de una tradición contrarrevolucionaria anterior, la que se había construido en el siglo XIX a partir de episodios como la Revolución francesa y la Comuna de París. Para algunos de sus representantes, sin embargo, el *peligro comunista* de su época no admitía comparación con ningún fenómeno histórico conocido. El ejemplo más extremo, pero también el más claro, es el de Maeztu, cuya preocupación con el comunismo acabó desembocando en algo muy cercano a la paranoia. A finales de 1924, afirmaba en *El Sol* que “la revolución rusa ha sido veinte veces más sanguinaria que la francesa”, y en otro artículo de la misma época la calificaba como “la más cruel que la historia registra.” En sus textos posteriores sobre el tema, la idea de exterminio acabará excluyendo a cualquier otra, hasta el punto de que ante la radicalización del PSOE tras las elecciones de noviembre de 1933, escribió: “... cuando se me conmina con la revolución social, que, después, de la

¹⁶ BRAVO MURILLO, “Prospecto” de *La Defensa de la Sociedad*, 20 de febrero de 1872, primer texto de la antología de la revista homónima aparecida en *Revista de Trabajo*, Madrid, 1968, 1 (3), pp. 319-426. Para las imágenes terroríficas de la Internacional en la España de la época, ver también ÁLVAREZ JUNCO, J: *La Comuna en España*, Madrid, 1971, pp. 103-119. La ideología del Somatén catalán, en REY REGUILLO, F: “Ciudadanos honrados y somatenistas. El orden y la subversión en la España de los años veinte”, *Estudios de Historia Social*, 42-43, 1987, pp. 97-150 (cita p. 100). La idea de “Anti-Patria”, en ALCALÁ GALIANO: “Acabemos con la revolución”, *ABC*, 19 de octubre de 1934; el *ABC* de 21 de enero de 1936 afirmaba que “El frente de izquierdas es la Anti-Patria...”). ANDRES Y MORERA, Luis: *El bolchevismo y la religión*, Madrid, 1925, pp. 19-29 y *passim*. Para las teorías conspirativas sobre la masonería y el comunismo en España, es muy interesante FERRER BENIMELI, J.A: *El contubernio judeo-masónico-comunista*, Madrid, Istmo, 1982. El panfleto de Andrés y Morera: *El bolchevismo y la religión*, Madrid, 1925. La cita de Pío XI, en: *Quadragesimo anno. Sobre la restauración del orden social (15 de mayo de 1931)*, Madrid, Apostolado de la Prensa, 1967, parte 3ª, punto 149, pp. 86-87.

experiencia rusa, ya sé que implica la matanza general de los burgueses, me entra el impulso incontenible de quitarme la chaqueta... para que me den inmediatamente los cuatros tiros que me corresponden...”¹⁷

La idea de “paranoia” pueda servir para diagnosticar un caso individual como el de Maeztu, pero resulta más difícil de aplicar a un fenómeno de naturaleza cultural como el anticomunismo de los años 20 y 30. La literatura antibolchevique de la época puede justificar en parte este tipo de actitudes con imágenes y datos que no responden a ninguna tradición o estereotipo. De entrada, las cifras que se manejaban eran impresionantes: desde mediados de los años 20 se calculaba que el régimen soviético había provocado en Rusia unos 2 millones de víctimas. El ingente volumen de denuncias contra el comunismo acumulado en tan pocos años constituía un argumento de peso para los que opinaban, con Alcalá Galiano: “Es ya inútil insistir sobre los horrores de la revolución rusa y el fracaso de la utopía comunista impuesta por Lenin y sus satélites a un pueblo amordazado. Si hay quien todavía cree en el paraíso terrenal de los Soviets será porque no ha querido tomarse la molestia de leer lo que han escrito, después de visitar el ex Imperio, los publicistas e intelectuales más avanzados del extranjero (...) Ahora sabemos los centenares de miles de vidas humanas que le ha costado a Rusia la operación quirúrgica de Lenin y su falsa *dictadura del proletariado*, explorada por siniestros aventureros de origen harto sospechoso. La sangrienta farsa soviética con su Tcheka exterminadora, sus persecuciones y su lúgubre cortejo de miserias, de hambre, de epidemias, hacen hoy parecer dulces el *knout* y la Sibería de los zares.” Todavía en los años 30 se sabía poco de los campos de trabajo forzado que más tarde serían bautizados como “Archipiélago Gulag”, aunque existía ya el término “estalinismo” y algunos autores proclamaban que “*la colectivización general es el más horrible, el más salvaje de los crímenes cometidos por el Gobierno soviético. El extranjero lo ignora aún. El mundo civilizado no conoce todo el horror de esta infamia.*” En cuanto a las tácticas insurreccionales propiamente comunistas, no parecen haber

¹⁷ Pedro Carlos González Cuevas vincula los inicios de la obsesión de Maeztu con la Rusia bolchevique a su viaje a la Conferencia de Ginebra como corresponsal de *El Sol*, en noviembre de 1920. Ver GONZALEZ CUEVAS: *Perfil ideológico de la derecha española*, tesis doctoral inédita, Madrid, Universidad Complutense, vol. I, pp. 335-336. El concepto de “paranoia” aplicado al anticomunismo extremo, en RIEBER. Los artículos de 1924 están sacados de *Con el Directorio Militar*, 96; y *Un ideal sindicalista*, Madrid, Editora Nacional, 1961, p. 251. La última cita, en “Amenazas, no”, *ABC*, 22 de diciembre de 1933.

recibido tanta atención en España como en Alemania o Francia, aunque la *Revista Anticomunista* advirtiera en octubre de 1930 de los peligros de tácticas como la “huelga política” y la coalición con elementos republicanos. El abandono de la estrategia del “socialfascismo” en 1934-1935, en cambio, fue visto con alarma por la opinión conservadora española, para quien la principal garantía del orden social residía precisamente en la desunión entre los distintos grupos revolucionarios.¹⁸

Esto nos lleva, finalmente, al núcleo mismo de la idea de *peligro comunista*, las estimaciones sobre la posibilidad de una revolución social en España. La opinión conservadora de la época era mayoritariamente escéptica al respecto, pero no unánime. En 1872, ni Bravo Murillo ni ninguno de los colaboradores de *La Defensa de la Sociedad* juzgaban factible que la Internacional llegara a imponerse por la violencia en algún país de Europa. El cronista anónimo de la “Semana Trágica” de julio de 1909 y de la huelga general de agosto de 1917, por su parte, estaba convencido de que la próxima revolución, “si es como éstas, será aún más rápidamente sofocada.” A partir de 1919, una buena parte de la burguesía española seguía pensando que el comunismo nunca podría triunfar en su país. Esta convicción no era patrimonio exclusivo de reformistas como Royo Villanova o el vizconde de Eza, sino que en los años 30 era compartida incluso por José María Carretero, veterano propagandista de la Dictadura y firmante del manifiesto del Bloque Nacional en

¹⁸ La cifra de 2 millones de víctimas aparece en el *Vademécum antibolchevique*, Ginebra, 1928, p. 43; y se repite en la presentación de la *Revista Anticomunista* durante 1930. La fuente común es posiblemente MELGUNOV, ob. cit., vol. I, p. 174. Como curiosidad, la historiografía actual la eleva hasta diez millones sólo para el periodo 1918-1920: ver FIGES, O: *La Revolución rusa*, Barcelona, Edhasa, 1996, p. 841. La cita de Alcalá Galiano, en *Entre dos mundos. Seguido de un ensayo sobre la decadencia de Europa*, Madrid, Espasa Calpe, 1928, pp. 229-230. Para las escasas noticias sobre la colectivización y *deskulakización* de los años 30, se pueden ver los libros citados de KOKOVITZOV, ob. cit., p. 293. El término “estalinismo”, en ESSAD BEY, ob. cit, 1932, pp. 381-382. Las referencias al hambre en Rusia son innumerables en los textos de Sofía Casanova, Alcalá Galiano y Maeztu; para la hambruna de 1932-1933, ver CALVO SOTELO: “El hambre en Rusia”, 29 de julio de 1933, ob. cit. La advertencia contra la “huelga política”, en: “Los índices de actuación comunista y la actuación actual en España”, *Revista Anticomunista*, nº 17, 23 de octubre de 1930, pp. 11-12. Las advertencias contra el “frente único” están en KARL, 1932, pp. 235-238; y MATORRAS, ob. cit., pp. 173-177. Ejemplos del miedo de la opinión conservadora española a la alianza entre socialistas y comunistas son dos artículos de Sofía CASANOVA: “De lejos y de cerca”, 3 de noviembre de 1934; y “Hay que mirar al fondo”, *ABC*, 17 de febrero de 1936.

1934. Pero ahora había también conservadores que sí creían posible que la experiencia rusa se repitiese en España, o al menos así lo afirmaban: Antonio Goicoechea, ministro de la Gobernación en 1919, veía en España al “país mejor preparado para el género de procedimientos que en Rusia se han empleado” Esta divergencia de criterios en el seno de la opinión conservadora hizo del *peligro comunista* una cuestión netamente política, que fue explotada con mayor o menor intensidad y por grupos diferentes a lo largo de estos años.¹⁹

III. El peligro comunista en la propaganda contrarrevolucionaria, 1918-1936

1.) El peligro bolchevique en la crisis de la Restauración (1919-1923)

Los historiadores de la crisis de la Restauración coinciden en que la idea del *peligro bolchevique* entró en la escena política española a principios de 1919, pero no han escrito tanto sobre por qué lo hizo entonces, ni sobre cuál fue su fuerza movilizadora en los años que separan esa fecha del pronunciamiento de septiembre de 1923. La primera incógnita parece en buena medida una cuestión de cronología, puesto que las noticias sobre la Revolución de Octubre no empezaron a llegar a España hasta finales de 1917. Es lógico, por tanto, que durante la huelga general de agosto de aquel año la prensa conservadora no recurriera al ejemplo de los desconocidos bolcheviques rusos, como lo es que la primera impresión de lo sucedido en Rusia en noviembre fuera en gran medida la de una repetición de las revoluciones portuguesa y mejicana de principios de la década. El único editorial que *ABC* dedicó al Octubre ruso durante lo que quedaba de 1917 decía: “roto el resorte de la

¹⁹ Ver artículos de BRAVO MURILLO: “La internacional y los gobiernos de los pueblos civilizados”, en *Revista de Trabajo*, ob. cit., pp. 357-362; y LLORENTE, A: “Por cuál camino puede venir el socialismo”, íd., pp. 367-375. *LADERA: Fechas de sangre*, Madrid, 1917, p. 7. El optimismo de Royo Villanova, en ob. cit., pp. 51-55. El de Carretero se puede comprobar en: *La Venus bolchevique*, Madrid, Imprenta Sáez Hnos, 1932, pp. 268-269; y *Traidores a la patria (La verdad sobre Asturias y Cataluña)*, Madrid, Ediciones Caballero Audaz, 1935, p. 30, donde sigue manteniendo que el comunismo no conseguiría triunfar en España. La cita de Goicoechea pertenece a su libro *El estado social de Barcelona* (1920) y está sacada de GONZÁLEZ CUEVAS, ob. cit., p. 62.

autoridad, la anarquía ha recorrido todas las fases de la confesión y concluye en la guerra civil (...) Si Méjico y Portugal, para no citar más que ejemplos cercanos, no hubiesen mostrado los horrores y la ruina de las revoluciones, Rusia nos dirá adónde conducen al pueblo los que explotan su alucinación y, mintiendo salvarle, lo sumen en la hecatombe.” En las elecciones de febrero de 1918, que dieron el poder al conde de Romanones, el *peligro bolchevique* jugó todavía un papel marginal, aunque el ejemplo ruso volviera a ser invocado en apoyo de la candidatura de “unión monárquica” encabezada por el duque del Infantado. Según *ABC*: “la candidatura monárquica debe ser apoyada por sin reparos por los que creen, como creemos nosotros, que son compatibles dentro de este régimen todas las libertades y que una República socialista, imagen de la portuguesa y de la rusa, llevaría a España a una situación análoga a la de los citados países, pues no pudiendo satisfacer los hombres del socialismo las promesas hechas al proletariado para atraerse su colaboración, la anarquía se apoderaría de nuestra Patria.”²⁰

¿Por qué los conservadores españoles no hicieron más hincapié en la situación rusa a lo largo de 1918, cuando la información disponible empezaba a ser abundante? Una posible explicación es que las lealtades derivadas de la Guerra europea –resumidas en la oposición entre aliadófilos y germanófilos– siguieron desempeñando un papel determinante en la estrategia política de los españoles, al menos hasta el armisticio de noviembre. Según Elorza, la campaña de enero de 1919 fue la respuesta del gobierno Romanones al plan británico de coordinar la lucha de los Estados europeos contra la extensión del bolchevismo. El cambio de actitud de los conservadores, sin embargo, tuvo seguramente más que ver con la insurrección de los espartaquistas alemanes en diciembre anterior, que parecía confirmar el potencial expansivo del movimiento. En todo caso, diarios como *ABC* y *El Debate* se sumaron desde el primer momento a la iniciativa del Gobierno, denunciando la rápida bolchevización del movimiento sindicalista español y la necesidad de imponer el orden en Cataluña, Andalucía y otros focos de conflictividad laboral. El 16 de enero, la prensa se hizo eco del rumor de que Lenin había llegado a Barcelona, mientras *ABC*

²⁰ La comparación de la huelga de agosto con la revolución portuguesa de 1910, en *ABC*, 16 de agosto de 1917. El editorial sobre el Octubre ruso: “El ejemplo de Rusia”, *ABC*, 13 de noviembre de 1917. El manifiesto del duque del Infantado: “La Unión de los monárquicos”, *ABC*, 18 de enero de 1918. El editorial en apoyo de la candidatura monárquica: “La unión de los monárquicos”, *ABC*, 24 de enero de 1918.

afirmaba: “los sindicalistas catalanes intentan hacer una revolución a la rusa; esto es, el salto hacia el caos, la negación de toda la vida civilizada, el atropello de los más sagrados deberes.” La revolución, continuaba, puede justificarse en circunstancias excepcionales, pero “lo que no se explica, ni puede tener nunca justificación ni atenuantes, es que se emprenda la revolución con el ideal bolcheviquista de matar entre torturas, de hacer que el pueblo muera de hambre y de frío, de deshonar y arruinar todo, de destruir con un odio insensato cuanto representa inteligencia y trabajo.” El editorialista concluía declarándose del lado del Gobierno “para defender el orden y la vida de la patria.”²¹

La “bolchevización” de un sector de la C.N.T. desde finales de 1918 constituyó sin duda otro de los factores desencadenantes de esta campaña, contribuyendo a radicalizarla a lo largo de 1919 y 1920. Ante la huelga de *La Canadiense*, en marzo del 19, la opinión conservadora empezó a tomar distancias del Gobierno, que según ella se equivocaba al tratar las reivindicaciones sindicalistas como un pleito laboral: “el bolcheviquismo ruso, el espartaquismo alemán y el sindicalismo español no persiguen estos fines. A sus dirigentes no les preocupa la vida ni el bienestar del obrero, aun cuando otra cosa simulen. El sindicalismo, como el bolcheviquismo y el espartaquismo, lo que se propone es cambiar la sociedad actual, removiéndola desde sus más hondos cimientos y destruyendo todas sus bases fundamentales (...) Es por tanto necesario exterminar al sindicalismo, como él viene exterminando cuanto a su avance se opone.” *ABC* ratificó su posición a propósito de la manifestación celebrada en Madrid el primero de mayo, que a su juicio se había distinguido “por su carácter revolucionario, en sentido bolcheviquista. Los oradores proclamaron la necesidad de concluir con la burguesía, imponerse por la fuerza a los Poderes públicos e implantar los procedimientos que vienen triunfando en Rusia.” En octubre, el novelista Armando Palacio Valdés utilizaba términos casi idénticos para comentar las recientes declaraciones de los líderes sindicalistas Ángel Pestaña y Salvador Seguí en Madrid:

²¹ ELORZA, A: *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*, Barcelona, Anagrama, 1984, p. 119 ss. El mismo autor cita “La situación en Barcelona, ¿movimiento bolchevista?”, *El Debate*, 17 de enero de 1919. El rumor de la llegada de Lenin a Barcelona, en *El Sol*, 16 de enero del 19, citado en GONZÁLEZ CALLEJA, E: *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración*, Madrid, CSIC, 1999, p. 68. El editorial de *ABC* es “La Acción Ciudadana”, *ABC*, 16 de enero de 1919.

“Pestaña y Seguí han precisado con toda claridad que el sindicalismo que ellos dirigen es ante todo comunista, del modelo ruso: es una organización revolucionaria que se propone la socialización de la tierra y de la industria, ya se ha visto con qué procedimientos.”²²

Desde un punto de vista metodológico, es casi imposible determinar cuánto de miedo y cuánto de propaganda había en la alarma antibolchevique de 1919-1920; lo más probable es que ambos factores se alimentaran y reforzaran mutuamente. En todo caso, la campaña pesó de forma decisiva en la evolución de la política española durante estos dos años. El movimiento de las *uniones cívicas* surgido a principios de 1919 expresaba sin duda el rechazo de una parte de la sociedad a un sindicalismo “a la rusa”, y el “fantasma del bolchevismo” tuvo seguramente alguna influencia en la victoria del Partido Conservador en las elecciones de mayo de 1920. Para la burguesía, la percepción de una amenaza revolucionaria encarnada en el movimiento sindicalista actuó como factor de unión, difuminando los antagonismos creados por la Guerra europea. Un buen ejemplo de esta sustitución de lealtades fue Álvaro Alcalá Galiano, que todavía a finales de 1918 afirmaba: “sin negar la importancia que pueda tener la amenaza revolucionaria creo que suele crecer en la mente de los monárquicos, en los momentos de desorientación política.” Pero en octubre de 1919, él mismo irrumpía en el debate sobre la cuestión sindicalista, convirtiéndose en poco tiempo en uno de los principales defensores de una política de mano dura contra el “terror rojo”. El 30 de octubre, afirmaba en *ABC* hallarse “tan alejado, en el orden político, de la extrema derecha como de la extrema izquierda”; pese a lo cual se preguntaba, si los crímenes anarquistas llevaran a España a “la hora rusa”, “¿Hallaría en ese caso, el pueblo español un Sylla dictador capaz de salvarle, a pesar suyo, del caos y de la anarquía...? ¿Surgiría el hombre de hierro, el cirujano a quien no le temblara el pulso para amputar del organismo social un miembro gangrenado...? Yo quiero suponer que sí; pero eso no basta. Hace falta que la gran masa del país sostenga al gobernante sobre su pedestal, sin dejarle caer al primer clamor de hostilidad contra los vencidos o a las primeras medidas

²² Según Paul Aubert, el dinero alemán fue uno de los factores que influyeron en esta “bolchevización”, que se tradujo en la proliferación de hojas de propaganda “extremadamente violenta” con títulos como *El Soviet*, *El Maximalista* y *El Bolchewitch*; ver AUBERT, P: “La propagande étrangère en Espagne dans le premier tiers du XXe siècle”, *Mélanges de la Casa de Velázquez (MCV)*, 1995, XXXI (3), pp. 103-176, esp. p. 136 y pp. 158-160. “El peligro del sindicalismo”, *ABC*, 26 de marzo de 1919. “Viva Rusia”, *ABC*, 9 de mayo de 1919. PALACIO VALDÉS: “Cuestiones sociales”, *ABC*, 7 de octubre de 1919.

severas para garantizar el orden público.” Y señalaba cómo Alemania, Francia e Inglaterra se habían salvado del contagio bolchevique gracias “a la energía de sus gobernantes y al instinto de conservación de sus ciudadanos.” En junio de 1920, el antiguo escéptico mantenía ya un discurso francamente conspirativo, atribuyendo los conflictos sociales en España a la existencia de una “gran red subterránea de marcado carácter revolucionario, cuyo fin es el triunfo del comunismo rojo internacional (...) Rusia no sólo representa la consagración oficial del bolcheviquismo, sino que es el centro universal cuyas agencias principales se hallan hoy en Amsterdam, en Suiza, en los países Escandinavos, y cuyos emisarios conspiran e intrigan en casi toda Europa y América.”²³

Evoluciones ideológicas como la de Alcalá Galiano representan un argumento poderoso para vincular el sentimiento anticomunista de una parte de la derecha española al pronunciamiento de Primo de Rivera en septiembre de 1923. Desde marzo de este último año, el columnista de *ABC* había manifestado su admiración por Mussolini, y a principios de junio se decantaba claramente por una dictadura civil como única alternativa a la revolución social, subrayando que “en España, una revolución sería el caos bolcheviquista, a la manera de Rusia, de Hungría y de Baviera, una anarquía ciega, sangrienta y destructora.” Hacia 1923, no obstante, su posición no era ya demasiado representativa de la gran mayoría de la opinión conservadora. Desde mediados de 1920, las referencias a Rusia en la prensa de derechas escaseaban cada vez más; la retórica contrarrevolucionaria se concentraba por lo general en los “crímenes sindicalistas”. En junio de 1922, la propia CNT había rectificado su anterior adhesión a la Comintern, que además en estos años se hallaba en pleno repliegue en Europa. El posible “peligro bolchevique”, por tanto, se reducía de hecho al minúsculo Partido Comunista Español fundado en abril de 1920, cuya influencia política en vísperas del pronunciamiento era casi nula. El propio Alcalá Galiano se había lamentado de su aislamiento en una fecha tan temprana como septiembre de 1920,

²³ Para el movimiento de las uniones cívicas, son fundamentales el libro citado de GONZÁLEZ CALLEJA y REY REGUILLO, y los artículos de REY REGUILLO, F: “Ciudadanos honrados y somatenistas”, art. cit., y “El empresario, el sindicalista y el miedo”, en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma, ob. cit., pp. 235-272. La tesis del antibolchevismo como factor decisivo en las elecciones de mayo de 1920, en CRUZ, R., ob. cit., p. 285; y GONZÁLEZ CALLEJA, ob. cit. Las citas de Alcalá Galiano están sacadas de “La sociedad frente al sindicalismo”, *ABC*, 30 de octubre de 1919; y “La ola roja”, *ABC*, 4 de junio de 1920.

arremetiendo contra una clase política preocupada exclusivamente de obtener el decreto de disolución de las Cortes mientras las sociedades europeas continuaban bajo la amenaza de una revolución social: “La política parlamentaria hace caso omiso de los conflictos mundiales, y sus más caracterizados paladines opinan que eso de preocuparse por lo que pueda suceder al otro lado del Pirineo es cosa de cuatro diplomáticos e intelectuales extranjerizados (...) En vez de inquietarnos con visiones pavorosas de comunismo rojo; en vez de llamar la atención sobre las formidables agrupaciones obreras dispuestas a darnos la batalla, ¡cuánto mejor hacen los políticos en enterarnos minuciosamente acerca de sus idas y venidas!”.²⁴

2.) La Dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930

El pánico de 1919-1920 había conseguido convertir a la “amenaza bolchevique” en uno de los argumentos de los sectores sociales partidarios de acabar con el régimen liberal, pero el anticomunismo propiamente dicho tuvo un papel muy secundario dentro de los motivos del pronunciamiento de Primo de Rivera. Esto se aprecia fácilmente en el manifiesto emitido por el general el 12 de septiembre de 1923, donde entre los “males” que era necesario combatir se citaban el terrorismo, la depreciación de la moneda, la corrupción, el problema de Marruecos, el separatismo y, casi en último lugar, la “impune propaganda comunista, impiedad e incultura”. De hecho, el *peligro comunista* como tal no figuró nunca entre los temas preferidos del dictador, que lo mencionaba muy rara vez y sin demasiado énfasis: en un discurso pronunciado en Madrid en octubre de 1925, señaló que “todo el mundo, en la Prensa de hoy, habrá podido leer cómo Inglaterra, Italia y Francia, toman medidas contra la invasión comunista. Yo sé que nuestra contextura nacional no es propicia a los excesos de esa demagogia. Pero ahí está el Japón, que sufre los horrores de una perturbación próxima, y nadie suponía hace unos años que sufriera tales efectos. Digo

²⁴ La rectificación de la CNT y la nula influencia del PCE, en GONZÁLEZ CALLEJA, ob. cit, pp. 31 ss. y 417. ALCALÁ GALIANO: “De la anarquía a la resurrección”, ABC, 16 de marzo de 1923; “El triunfo de una dictadura”, ABC, 21 de marzo de 1923; “Los políticos ante la revolución”, ABC, 19 de septiembre de 1920.

con toda sinceridad que nosotros emplearemos la máxima severidad para impedir que España sea víctima de tales errores.” Otra cosa es que el lenguaje costiano de Primo fuera perfectamente compatible con el discurso de intelectuales anticomunistas como Alcalá Galiano, como se advierte en el artículo que éste le dedicó al pronunciamiento el 22 de septiembre: “era ineludible la operación quirúrgica (...) Si no se operaba el tumor infeccioso de la vieja política española, extirpándole sin contemplaciones, la gangrena mortal se corría a todo el organismo social del país (...) la dictadura militar nos ha salvado por ahora de la revolución sangrienta y de la anarquía...”²⁵

Conviene, por tanto, relativizar la tesis de algunos autores de que el general estaba “convencido” de la “inminencia” de una revolución, por más que desde finales de 1923 hasta finales de 1929 proliferaran las noticias sobre “complots comunistas” en la prensa de la Dictadura. Parece más bien que, en su intento de institucionalizar y dotar de un aparato ideológico a un régimen de excepción y dominado por el elemento militar, Primo de Rivera acabó recurriendo al anticomunismo como mínimo común denominador entre sus diferentes apoyos sociales. De hecho, las medidas que avalan la pretendida “obsesión anticomunista” de la Dictadura pertenecen todas a la fase del Directorio Civil: el Centro Español Antibolchevique, creado en abril de 1925, no se convirtió en un organismo oficioso hasta 1927-1928, cuando la Dictadura suscribió a oficiales como Francisco Franco a la revista del CEA. De la misma época datan la campaña antibolchevique de Maeztu en el diario del Directorio, *La Nación*, y la creación del Juzgado de Instrucción Especial Anticomunista. En cuanto a la Unión Patriótica, es cierto que fue creada en abril de 1924, pero la afirmación de José María Pemán de que la causa de su falta de ideología había sido el “peligro comunista” resulta más convincente como justificación retrospectiva que como afirmación de hecho.²⁶

²⁵ Las referencias al manifiesto de 12 de septiembre de 1923 y al discurso del Palacio de Hielo (16 de octubre de 1925), en PRIMO DE RIVERA, M: *El pensamiento de Primo de Rivera*, Madrid, Imprenta Sáenz, 1929, pp. 19-20 y 193. ALCALA GALIANO: “Ante el golpe de Estado”, *ABC*, 22 de septiembre de 1923.

²⁶ La tesis de la obsesión anticomunista de Primo de Rivera, en GOMEZ NAVARRO, J.L: *El Régimen de Primo de Rivera*, Madrid, Cátedra, 1991, p. 330 n 56; y GONZALEZ CALLEJA, ob. cit, p. 417. Según GONZALEZ CALBET, M.T: *La Dictadura de Primo de Rivera. El Directoriuo Militar*, Madrid, El Arquero, 1987, los “complots” formaban parte de la política represiva de la Dictadura. La suscripción de Franco a la

Hechas estas salvedades, es indudable que la Dictadura utilizó a menudo la etiqueta “soviético” para descalificar a sus numerosos enemigos políticos, bien directamente, bien a través de su prensa y de sus intelectuales. Dado que el movimiento comunista español era prácticamente inexistente a lo largo de estos años, el calificativo se aplicó de forma indiscriminada a todos los grupos de oposición que actuaban en la clandestinidad o en el exilio, desde los anarcosindicalistas a los republicanos, pasando por los catalanistas de izquierda. La intentona insurreccional anarquista de Vera del Bidasoa de noviembre de 1924 fue así motejada de “complot comunista”, y a finales de 1925 *El Debate* se remitía a la revista del CEA para afirmar: “nuestros comunistas son los sindicalistas de la CNT. En el número 1 del *Boletín* que ha empezado a publicar una de las instituciones que en mayor grado pueden contribuir a la conservación del orden en nuestra Patria... se contiene una prueba contundente de la identidad ideológica que existe entre los sindicalistas españoles y los comunistas de Moscú.” Ese mismo año, José María Carretero acusaba al novelista exiliado Vicente Blasco Ibáñez, autor de una resonante denuncia contra la Dictadura, de estar “financiado por el Soviet”. La propaganda y el dinero soviéticos se asociaron también durante esta época al movimiento independentista rifeño de Abd-el-Krim, quizá para justificar el repentino cambio de postura de la Dictadura frente en la cuestión marroquí. En un artículo de agosto de 1925, el propio Primo de Rivera explicó que la aparición de Krim “cambió mi modo de ver el problema, haciéndome comprender la necesidad de sofocar el incendio que por su desarrollo y llamas, inflamadas por el bolcheviquismo, podía prender en nuestra propia casa.” Pero Maeztu fue quizá quien llevó más lejos esta propaganda al afirmar, en mayo de 1927, que “en toda la campaña que contra el Gobierno se hace por medio de complots, proclamas clandestinas, mentiras enviadas al extranjero, invención y reparto de rumores, etc. anda siempre la mano del Soviet.”²⁷

revista del CEA, en SOUTHWORTH, ob. cit., p. 200. La tesis de Pemán, en *El hecho y la idea de unión Patriótica*, 1929, pp. 97-106.

²⁷ El artículo de *El Debate* es “Lenin y Pestaña”, *El Debate*, 29 de noviembre de 1925, citado en José María GARCÍA ESCUDERO: *El pensamiento de El Debate*, Madrid, BAC, 1983, p. 910. La polémica Carretero-Blasco Ibáñez, en GONZALEZ CALLEJA, ob. cit., p. 513. El artículo de Primo, en *Revista de Tropas Coloniales* de 31 de agosto de 1925, citado en PRIMO DE RIVERA, ob. cit, p. 152. La cita de Maeztu, en “Los Soviets en España”, 2 de mayo de 1927, en MAEZTU: *Con el Directorio Militar*, pp. 232-236. De este

Pero las acusaciones de complicidad con la Unión Soviética no equivalen a la invocación de un peligro revolucionario inminente, discurso que en la atmósfera de relativa calma social creada por la Dictadura hubiera parecido bastante infundado. Sólo tras la caída de Primo y la formación del gobierno Berenguer, a principios de 1930, volvieron a proliferar las alusiones al *peligro comunista* en la escena política española. La iniciativa correspondió a sectores directamente vinculados a la Dictadura, señal de que la derecha monárquica trató de agitar el miedo a una revolución social para prolongar en lo posible el régimen de excepción instaurado en septiembre de 1923. La Unión Monárquica Nacional, sucesora de la Unión Patriótica formada por Calvo Sotelo y otros ex ministros, le declaró la guerra a la “bárbara ofensiva comunista” durante su espectacular campaña por las provincias del Norte en el verano de 1930, y en vísperas de las elecciones de abril de 1931 invocó el “espíritu del 2 de mayo” contra la invasión de España por “agentes soviéticos”. La posibilidad de una República fue comparada por *El Debate* a una “invasión de los bárbaros”; Maeztu profetizó “una horrorosa guerra civil”; Niceto Alcalá Zamora, líder de la coalición republicana, fue calificado como el “Kerensky español” que estaba abriendo el camino hacia el “caos bolchevique”. El discurso del pequeño Partido Nacionalista Español fue muy similar; su fundador, José María Albiñana, advertía en un libro de la misma época de que “la trágica perspectiva de un soviétismo ruinoso y sangriento es el único porvenir inmediato que se brinda a nuestra amada España...”²⁸

El debate sobre el *peligro comunista* constituyó una de las grandes cuestiones que se dirimieron en la campaña para las elecciones que dieron paso a la Segunda República, y el resultado de éstas parece reflejar que la amenaza de una revolución de tipo bolchevique despertaba una preocupación relativamente escasa en la España de la época. Esta inferencia se ve corroborada por numerosos testimonios contemporáneos, como el del entonces

libro interesa también “Abd-el-Krim y Maciá”, de 16 de mayo, pp. 249-254, donde Maeztu ve también la mano de Moscú detrás de estos dos personajes.

²⁸ Para el anticomunismo de la UMN en 1930-1931, ver BEN-AMI, S: *Los orígenes de la Segunda República española*, Madrid, Alianza, pp. 265-269 y 316-318. La campaña monárquica de 1930-1931, incluyendo la expresión “una horrorosa guerra civil”, en GONZÁLEZ CUEVAS, P: *Acción Española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 124-127. Otra referencia de Maeztu al “peligro ruso” en diciembre de 1930, en “El Estado y la ciudadanía”, *Ahora*, 17 de diciembre de 1930, reproducido en *Liquidación de la monarquía parlamentaria*, Madrid, Editora Nacional, 1957, pp. 265-269. La cita de Albiñana, en ALBIÑANA, ob. cit, p. 253.

director general de seguridad Emilio Mola, que en febrero de 1932 escribiría: “es probable que hoy, y más en lo sucesivo, los comunistas sean motivo de preocupación para los gobiernos; para los anteriores al advenimiento de la República, ni lo fue, ni podía serlo: el ambiente no estaba preparado para ello; las masa no habían sido aún deslumbradas con el espejismo de sus utopías.” El miedo de los sectores más conservadores, en todo caso, pudo ser contrarrestado por la opinión liberal, que ridiculizó sistemáticamente lo que consideraba un “coco inventado por los monárquicos para asustar a la burguesía”. Poco antes de las elecciones de abril, *El Sol* tachó de “fantástica” la tesis mantenida por François Coty en *ABC* de que Moscú estaba tratando de apoderarse de los sindicatos españoles para hacer con ellos la “organización de masa” que le permitiese desencadenar la revolución en la Península. Pero la proclamación de la República acabó con la razón de ser de un debate cuyo único sentido consistía en servir de caballo de batalla electoral.²⁹

3.) La Segunda República (1931-1936)

La victoria republicana en unas elecciones democráticas y la orientación reformista del nuevo régimen bajo los gobiernos de Azaña supusieron, de hecho, una seria deslegitimación del discurso adoptado por los monárquicos desde la caída de la Dictadura. Sólo así se explica la relativamente escasa presencia del *peligro comunista* en la vida política española hasta finales de 1933, cuando la conflictividad social había vuelto a niveles comparables a los del periodo 1916-1923 y la propaganda revolucionaria –incluida la proveniente de la Unión Soviética– alcanzaba un impulso sin precedentes. El propio P.C.E. atravesó por una fase de expansión importante durante estos años, pasando de varios centenares de afiliados en 1930 a unos 20.000 en vísperas de octubre de 1934, aunque hasta las elecciones del Frente Popular en febrero de 1936 no se convirtió en una fuerza política

²⁹ El juicio de Mola, en MOLA VIDAL, E: *Obras completas*, Valladolid, Librería Santarén, 1940, p.293. La expresión de “coco”, en “Las operaciones del comunismo”, *ABC*, 29 de enero de 1932. La polémica en torno al *peligro comunista* en marzo-abril de 1931, en editorial de *ABC*, 14 de marzo de 1931; y “La conspiración comunista en España”, *ABC*, 9 de abril de 1931.

influyente. Pero cuando la prensa conservadora aludió a la “ofensiva comunista” a principios de 1932 no se refería a estos progresos, sino a las revueltas protagonizadas por los anarquistas de la CNT/FAI en localidades como Castillblanco o Tarrasa.³⁰

Otra posible explicación del reflujo de la propaganda anticomunista durante el primer bienio republicano es que la propia orientación del Régimen constituía un motivo de polémica suficiente para las derechas. La Constitución, las leyes anticlericales, la reforma agraria, el Estatuto catalán o la represión de Casas Viejas eran enemigos mucho más tangibles que el comunismo, pues habían sido promovidos desde el poder. En las elecciones de noviembre de 1933, el concepto de “revolución” volvió así, momentáneamente, al significado que había tenido a principios de siglo: la “coalición antirrevolucionaria” o “antimarxista” formada por católicos y monárquicos se oponía más a la alianza republicano-socialista que al comunismo propiamente dicho. Cuando éste apareció durante la campaña, lo hizo dentro de una *amalgama* que incluía al resto de las bestias negras de la coalición, como sucedía en un cartel que mostraba un mapa de España atravesado por una flecha con dirección “Moscú-Méjico” y la leyenda: “Separatismo. Marxismo. Masonería. 2 años de izquierdismo. Política antinacional. Votad a las derechas. Votad contra el marxismo.” Aun así, el “antimarxismo” fue más una consigna de la CEDA que de Renovación Española, como refleja la crítica que le dedicó *ABC* a mediados de octubre: “antimarxismo no es nombre adecuado a la unión de las derechas (...) ni la doctrina ni la gestión ministerial del socialismo son todo lo que deben combatir las derechas; es la obra total, o casi total, de la República en estos dos años lo que debe combatir la coalición.”³¹

A lo largo de 1934, dos factores pudieron inducir a las derechas a replantearse la línea propagandística que venían manteniendo desde mediados de 1931. En primer lugar, la existencia de un peligro revolucionario verosímil encarnado en el Partido Socialista, al que

³⁰ El crecimiento del PCE durante la Segunda República, en CRUZ, R: *El Partido Comunista de España en la II República*, Madrid, Alianza, 1987, pp. 58-62. Las alusiones a la “ofensiva comunista” a propósito de Castillblanco y Tarrasa, en “El orden público y la defensa de la República”, *ABC*, 20 de enero de 1932; y “Las operaciones del comunismo”, *ABC*, 29 de enero de 1932.

³¹ El concepto de “amalgama” como “fusión indiscriminada del conjunto de adversarios en un todo, pretendiendo atraer para cada uno de ellos el máximo de hostilidad que produce la más extrema de sus partes”, en GARCÍA PELAYO, art. cit., p. 2747. El cartel apareció reproducido en *ABC* el 17 de noviembre de 1933. La crítica al concepto de “antimarxismo”, en “Un rótulo equivocado”, *ABC*, 17 de octubre de 1933.

el fracaso electoral de las izquierdas había alejado del poder y por tanto de la legalidad republicana. Como es lógico, la prensa monárquica dedicó mucha atención al tono “amenazador” adoptado por los dirigentes socialistas desde principios de 1934, reproduciendo *in extenso* declaraciones “sediciosas” como ésta de Indalecio Prieto en febrero: “Hágase cargo el proletariado del poder y haga de España lo que España merece. Para ello no debe titubear, e incluso, si es preciso verter sangre, debe verterla.” La “bolchevización” del mayor partido del arco parlamentario –el secretario general de la UGT, Francisco Largo Caballero, era conocido por esta época como el “Lenin español”– constituía en sí misma un motivo de alarma razonable para las derechas, máxime cuando los socialistas austriacos intentaron hacerse con el poder por las armas a mediados de febrero. En el caso de los alfonsinos pudieron influir también factores internos, como el creciente protagonismo de Calvo Sotelo desde su regreso a España tras las elecciones de noviembre de 1933. Durante su exilio francés, el ex ministro había evolucionado hacia posiciones contrarrevolucionarias muy similares a las de Maeztu y Alcalá Galiano, como se refleja en sus artículos en *ABC* y *Acción Española* desde la primavera de 1933. En estos textos encontramos ya los argumentos que le convertirían en el principal portavoz de la oposición al Frente Popular, como la comparación de la España de Azaña a la Rusia de Kerensky y a la Hungría de Karolyi.³²

Sea como fuere, la idea de *peligro comunista* estaba probablemente en el aire cuando en octubre de 1934 estalló la revolución de Asturias y toda la prensa burguesa se hizo eco de las atrocidades supuestamente cometidas por los revolucionarios, tratándoles

³² Las “amenazas” socialistas, en “La impunidad revolucionaria”, *ABC*, 3 de febrero de 1934; y “La propaganda revolucionaria”, *ABC*, 6 de febrero de 1934. La “bolchevización” del PSOE desde principios de 1934 es analizada desde perspectivas diferentes en JULIÁ, S: *Orígenes del Frente Popular en España (1934-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1979, *passim*; y BLAS GUERRERO, A: *El socialismo radical en la II República*, Madrid, Júcar, 1978, pp. 106-107. El “giro ideológico” de Calvo Sotelo durante su exilio, en GIL PECHARROMÁN, J: *Renovación Española. Una alternativa monárquica a la Segunda república*, tesis doctoral, Madrid, UCM, 1985, vol. I, pp. 380-381. Los artículos anticomunistas de Calvo Sotelo en 1933, en *supra*, nota 8 y GONZÁLEZ CUEVAS, ob. cit., p. 139. La analogía de la República española con la Hungría de Karolyi está también en LAPORTE, ob. cit., pp. 5-12, que contiene también un retrato escabroso del pasado chequista de Bela Kun, pp. 91-97. En 1936, un relato español atribuía a Kun “de 2 a 3 millones de muertes”; ver ROS, F: *Un meridional en Rusia*, Barcelona, Luis Miracle, 1936, p. 221.

una y otra vez de “fieras”, “monstruos” e “infrahombres”. Los monárquicos acordaron hacer “la máxima publicidad de todos los horrores realizados por los revolucionarios y de todos los que prometían realizar en caso de triunfo, publicando las listas negras de las personas que iban a ser por ellos ejecutadas así como las demás medidas por ellos proyectadas.” Pero la posición de *ABC* no fue más virulenta que la de diarios como *El Debate*, *La Nación* o *Diario de Madrid*, donde los relatos sobre sacerdotes crucificados, monjas violadas, e hijos de guardias civiles con los ojos fuera obtuvieron igual o más publicidad. Su enviado especial a Oviedo llegó a calificar de “tendenciosas y falsas” algunas de las noticias aparecidas en la prensa, aunque en el mismo artículo afirmaba que “seguramente ni en Rusia, cuando la gran revolución, ni en otras épocas anteriores, ha habido hechos tan terribles, vandálicos y sanguinarios como los ocurridos en algunos días de esta revolución.” Como indica la cita, los crímenes que se imputaban a los mineros asturianos eran tan desmesurados que las referencias al carácter “soviético” de la revolución se habían vuelto casi innecesarias. El propio nombre de “Asturias” se había hecho sinónimo de revolución sangrienta para autores como Maeztu, que el día 25 escribió: “Toda España es Asturias, o, cuando menos, puede serlo. Toda España está en las listas negras.”³³

La censura impuesta por los gobiernos radical-cedistas hizo que la campaña de prensa contra los “horrores” de Octubre decayera bastante a lo largo de 1935, pero ésta resurgió de inmediato al iniciarse la campaña para las elecciones de febrero de 1936. Para los grupos de derecha, Asturias representaba una baza política muy valiosa, pues por primera vez les permitía referir sus prejuicios sobre el comunismo y las revoluciones sociales a una experiencia cercana, sin necesidad de recurrir a analogías históricas. Así, el 6 de febrero *ABC* dedicaba toda una página a reproducir las consignas dadas por los

³³ Los calificativos bestiales, en CALERO, A. M: “Octubre visto por la derecha”, en *VVAA: Octubre 1934*, Madrid, Siglo XXI, 1985, pp. 159-176. Reflexiones interesantes sobre la “deshumanización” como forma extrema de creación del enemigo político, en RIEBER, art.cit., pp. 15-16. La línea propagandística de Renovación Española, en GIL PECHARROMÁN, 1985, pp. 529-33. La cita de Maeztu, de 25 de octubre de 1934, en *Frente a la República*, p. 267. 162. Los relatos de atrocidades, en TAIBO, P. I: *Asturias 1934*, tomo 2, Madrid, Júcar, 1984, pp. 102-104. La cita de *ABC*, en “Nuevas informaciones de los trágicos sucesos”, *ABC*, 24 de octubre de 1934.

socialistas a sus bases en vísperas de Octubre, como la de “supresión de todas las personas que por su situación económica o por sus antecedentes puedan ser una rémora para la revolución”. Con todo, las alusiones a la Unión Soviética fueron tan abundantes en esta campaña como en la de 1931, señal de que el “frente único” de republicanos, socialistas y comunistas representaba a ojos de la derecha una posibilidad real de revolución por las urnas. La prensa denunció desde el principio al “Frente Popular” como un “Caballo de Troya” soviético, esgrimiendo las instrucciones de la Comintern a los comunistas españoles como prueba de que “los partidos marxistas y anarquistas de España están dirigidos y mandados desde Moscú. El encargado de ello es Dimitrof. Los fondos abundan. La táctica es aprovecharse de la izquierda republicana para que ésta prepare la etapa de transición. La meta es la destrucción del Estado y la dictadura de los dictadores del proletariado.” En la percepción conservadora del Frente Popular, la ignorancia se mezclaba con los estereotipos más pueriles, como los utilizados por *ABC* al llamar a los votantes a “ocupar un lugar en la trinchera contra la revolución de hordas asesinas e incendiarias capitaneadas por extranjeros de faz mongólica que quieren imponer la dictadura del proletariado”.³⁴

A diferencia de lo sucedido en abril de 1931, sin embargo, la campaña de enero-febrero de 1936 no cesó tras la victoria del Frente Popular, y en los meses siguientes el *peligro comunista* se convirtió en uno de los temas dominantes de la política española. Como en 1919-1920, el miedo y la propaganda proliferaron en los órganos de opinión conservadores; una vez más circularon innumerables rumores, como el de que Bela Kun se hallaba en Barcelona. Pero esta vez el “pánico” de las derechas llegó a las Cortes: el 4 de abril, el presidente Azaña criticó a los “propaladores de rumores” y calificó de “patraña” la posibilidad de una inminente insurrección comunista. Fue entonces cuando Calvo Sotelo hizo suya la tesis del *peligro comunista* en cuatro discursos parlamentarios que le convirtieron, entre abril y julio de 1936, en el portavoz indiscutido de la oposición. En el

³⁴ Las consignas socialistas, “Destrucción sanguinaria y a los supervivientes, comunismo soviético”, en *ABC*, 6 de febrero de 1936. Las referencias a Moscú, en “El comunismo a la vista”, *ABC*, 3 de enero de 1936; “Gobernados desde Moscú”, *ABC*, 4 de enero de 1936; y “Alta traición”, *ABC*, 11 de enero de 1936. El llamamiento a los votantes, en *ABC*, 12 de febrero de 1936, citado por MINA, M. C: “*ABC* en la preparación ideológica del 18 de julio”, en Manuel Tuñón de Lara (dir): *Comunicación, cultura y política durante la II República y la Guerra Civil*, tomo II, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1990, pp. 12-13.

primero de ellos, el debate que mantuvo con Azaña el 15 de abril, el jefe del Bloque Nacional recurrió ya a los principales argumentos que iba a mantener insistentemente hasta su muerte: el Frente Popular como “santo y seña soviético”, la “bolchevización progresiva” del PSOE, la conocida analogía entre la situación de España y la de Rusia y Hungría en vísperas de sus respectivas revoluciones: “nosotros, señor Azaña, miramos a Rusia, sí, ¿cómo no hemos de mirar a Rusia?, y a Hungría, y al resto del mundo; pero ahora no estamos en Rusia ni en Hungría y miramos a nosotros, y nos encontramos ante ciento diez diputados que quieren implantar el comunismo en España y que se llaman ministeriales, que influyen en el seno del Gobierno y en la política del Gobierno (...) Miramos a Rusia y a Hungría, leemos y repasamos las páginas de su historia reciente, y como sabemos que aquello fue una tragedia, corta para Hungría, permanente todavía para Rusia, queremos que esa tragedia se evite en España...”³⁵

En el periodo que transcurre entre abril y julio de 1936 el debate sobre el *peligro comunista* se confunde hasta tal punto con la lucha política entre el Frente Popular y la oposición conservadora que no es posible analizarlo aquí con un mínimo detenimiento. Los historiadores que se han ocupado del tema coinciden, además, en que los argumentos de los monárquicos en la primavera de 1936 eran ya prácticamente idénticos a los que adoptaría el bando sublevado a partir del 18 de julio. Quizá lo único que podemos añadir es que, a diferencia de lo sucedido entre 1923 y 1933, las circunstancias del bienio 1934-1936 volvían a ofrecer a los anticomunistas un enemigo bien definido: el PSOE y, desde la división del Partido en dos ramas, la facción revolucionaria encabezada por Largo Caballero. De hecho el PCE rara vez aparece en los textos sobre el *peligro comunista* escritos durante la primera mitad de 1936, que una y otra vez señalan a Largo Caballero como el “instrumento” del Soviet en España y el “Lenin” de la revolución española. El secretario general de la UGT aparecía también como presidente de un imaginario “Soviet

³⁵ Para el “miedo” subsiguiente al triunfo del Frente Popular, ver los artículos de César González Ruano: “Otra clase de miedo”, *ABC*, 27 de febrero de 1936; y “Más cosas sobre el miedo”, 3 de marzo de 1936. El rumor sobre Bela Kun, en: “La actividad comunista internacional en España. En Barcelona se asegura que está allí Bela Kun”, *ABC*, 27 de marzo de 1936. Las declaraciones de Azaña, en *ABC*, 5 de abril de 1936. Un resumen de los discursos parlamentarios de Calvo Sotelo entre abril y julio del 36, en MINA, art. cit., pp. 15-23. Las actas del debate del 15 de abril, en *ABC*, 16 de abril de 1936.

Nacional” en un documento falsificado por estas fechas y que tendría una gran importancia en la propaganda del bando *nacional* durante la Guerra Civil. Pero en abril del 36, la imagen que mejor reflejaba esta percepción era la del Frente Popular como gobierno Kerensky, con Azaña (luego Casares Quiroga) en el papel del antiguo primer ministro del Gobierno Provisional ruso y Largo Caballero en el de Lenin. La analogía podía no ser exacta, pero para la opinión anticomunista era tan verosímil que ni siquiera hacía falta hacerla explícita, como demostró Alcalá Galiano en una columna titulada, significativamente, “La República de Kerensky”.³⁶

IV. Conclusiones

Aunque este trabajo no pretende ser más que una primera aproximación a un tema que por su amplitud y complejidad merece ser objeto de investigaciones más elaboradas, creemos necesario apuntar algunas conclusiones provisionales:

a.) La abundante bibliografía sobre los crímenes y peligros del comunismo publicada en francés, inglés, alemán y ruso en los años 20 y 30 refleja el fuerte sentimiento anticomunista existente durante el periodo de entreguerras. Aunque vinculada a la mentalidad contrarrevolucionaria tradicional, esta literatura constituye en muchos aspectos una cultura política nueva y autónoma, inseparable de la traumática experiencia de la Revolución bolchevique y de sus repercusiones sobre los países europeos. A partir de 1918-1919, esta nueva cultura empezó a penetrar en España a través de traducciones y reseñas en la prensa, y hasta la Guerra Civil continuó viva y de actualidad. Su impacto real sobre la opinión se puede debatir, pero no cabe duda de que ejerció una influencia considerable en

³⁶ La tesis de que la propaganda del Alzamiento se inspiró en el discurso de Renovación Española y el ABC, en CALERO, art. cit., p. 160; MINA, art. cit, pp. 12 ss; y REIG TAPIA, art. cit., p. 227. La comparación entre Largo Caballero y Lenin, en entrevista a Calvo Sotelo en ABC, 26 de abril de 1936. Los documentos falsos del “complot comunista”, en SOUTHWORTH, op. cit, pp. 22-186. La imagen del gobierno Kerensky, en ALCALÁ GALIANO: “La trayectoria revolucionaria”, ABC, 1 de febrero de 1933; “Frente a la Revolución”, ABC, 15 de enero de 1936; y el artículo citado “La República de Kerensky”, ABC, 22 de abril de 1936.

intelectuales y políticos: los casos de Alcalá Galiano, Maeztu y Calvo Sotelo son sólo los más evidentes.

b.) A lo largo de los años 20, el discurso anticomunista se fue transformando de manera progresiva en una de las señas de identidad de la derecha autoritaria española, y desde 1927 se identificó estrechamente con la defensa de la Dictadura de Primo de Rivera. Tras la caída del Régimen, la propaganda sobre el *peligro comunista* fue muy intensa durante la campaña para las elecciones de abril de 1931, decayó durante el primer bienio republicano y repuntó a partir de 1934, alcanzando su punto álgido en torno a la primavera de 1936. Pero la mayor o menor presencia de este motivo en la retórica política no dependió sólo de circunstancias internas a la derecha española, sino también de la evolución del movimiento obrero: durante los años 20 la amenaza revolucionaria se refería por lo general al sindicalismo de la CNT, pero desde finales de 1933 se empezó a identificar con el sector radical del PSOE.

c.) En España, como en el resto del mundo de entreguerras, la cultura anticomunista contribuyó a un proceso de “brutalización del lenguaje” que, a menudo, desembocó en prácticas de violencia política real. En este sentido, la insurrección militar de julio de 1936 presenta tantas analogías con los movimientos contrarrevolucionarios de la inmediata posguerra (Rusia, Finlandia, Hungría) como con los golpes de fuerza fascistas de los años 20 y 30 (Italia, Alemania). La incidencia de la mentalidad anticomunista en la peculiar cultura de la violencia que caracterizó al bando *nacional* durante la Guerra Civil merece, creemos, más atención historiográfica de la que ha tenido hasta la fecha.³⁷

³⁷ La expresión “brutalización del lenguaje” es de MOSSE, G.L., pp. 172-181. Sin duda durante la Guerra Civil la violencia no fue patrimonio exclusivo del bando *nacional*, pero la relación entre la cultura *antifascista* y la represión ejercida por el bando republicano queda fuera del ámbito de este trabajo.